

Sábado 27 de Octubre

## **CINE Y TELEVISIÓN: UN DESAFÍO EDUCATIVO**

### **El cine como fábrica de imágenes... antropológicas y culturales**

**Juan Orellana**

El cine se ha convertido progresivamente en un factor decisivo de la configuración de mentalidades, principalmente, aunque no sólo, de los más jóvenes. Indudablemente el cine es, ha sido y será un reflejo de la sociedad que le origina, pero también es, a su vez, un poderoso instrumento de cimentación de principios, cosmovisiones y paradigmas de comportamiento de supuesta e impuesta validez universal. El dominio del ochenta por ciento del cine comercial en unas pocas manos, contribuye de forma determinante a una homologación cultural incruenta y sutil como no había existido nunca y que ya predijo el inconformista Pasolini. El joven contemporáneo empieza a sustituir el incontestable dato de la experiencia por las imágenes de la realidad que el cine y la televisión construyen para él: imágenes sobre la familia, el amor, el sexo, el trabajo, la religión, la ciencia, etcétera. Todas esas imágenes se convierten a menudo en un polo epistemológico ideal más eficaz que las evidencias testarudas de la propia experiencia.

Por eso el cine es, por naturaleza, ambivalente, un arma de doble filo desde el punto de vista educativo. Puede ser, como ha ocurrido y ocurre tantísimas veces, un detonante de verdad, una toma de conciencia, una revelación de lo real,... o puede ser uno de los instrumentos de mentira más poderosos y eficaces desarrollados por el hombre del siglo XX. Son muchos los que piensan que, en general, la historia del cine ha evolucionado tristemente de lo primero a lo segundo. Si exceptuamos el cine de propaganda política, como el soviético de Eisenstein y Pudovkin, o el Nacionalsocialista o fascista de Leni Riefenstahl y otros, o también el cine de propaganda bélica, la historia del séptimo arte clásico es un ejemplo de cine que obedece a la realidad y va por detrás de ella: Renoir, Chaplin, Rossellini, Fritz Lang, Capra, y decenas de artistas más han testimoniado con su cine aspectos verdaderos y reales de la condición humana y de la vida. Hasta el cine cómico o fantástico y de terror de aquellos años partía de convicciones antropológicas precisas y asentadas. Hoy, sin embargo, parece la tendencia es a la inversa, que el cine no sigue a la realidad, sino la realidad al cine. La película *Matrix* es una excelente metáfora de ello. En ella vemos hombres que viven una vida “virtual”, llena de “imágenes” irreales, pero sin saberlo. Creen que esas imágenes aparentes son la realidad misma. Y, como se afirma en el propio film, no hay mayor falta de libertad que la de ser esclavos y no saberlo. Es más, los habitantes de *Matrix* son esclavos y se autoconciben más libres que nunca. Esta metáfora de nuestro mundo, que antepone las imágenes a los hechos, cuenta con otro ejemplo cinematográfico precedente: *El muro* de Alan Parker. Si no nos alimentamos de lo real, sino de imágenes sobre la realidad, estaremos dócilmente doblegados al Poder, condenados a ser meros ladrillos del *muro*.

En este contexto cultural, es menester descubrir, apoyar y difundir aquellas películas en las que pervive el amor a la realidad por encima de la autosatisfacción

complaciente de tanto efectista mundo virtual. Películas que partan de experiencias verdaderas que se comparten con el público, y no de abstracciones incapaces de incidir mínimamente en la vida. Como decía el genial cineasta ruso Andrei Tarkovski: “Muchos directores usan el cine para esconderse de sí mismos, y esa es la causa por la que no poseen la llave del corazón y el alma de los espectadores”.

Hay tres temas en los que llamativamente el cine actual está definiendo la metanlidad dominante: la homosexualidad y el relativismo religioso, en el cine internacional, y la interpretación de la historia de España, en nuestro propio cine. El *lobby* homosexual –la “mafia rosa”, como la llaman algunos periodistas- ha conseguido, tras un trabajo paciente e imparable, crear una mentalidad social de naturalismo que mira con simpatía la supuesta libertad de elección sexual. En el sesenta por ciento de las películas que se estrenan existe una subtrama –cuando no la trama principal- en la que un homosexual es portador de los mejores valores del film. Recordemos, por ejemplo, la aclamada *American Beauty*, donde los únicos personajes sencillos y felices son una pareja *gay* que hace *footing* por la vida, mientras que el personaje más destructivo es aquel ex marine que no reconoce su latente homosexualidad.

Respecto al relativismo religioso, el cambio de milenio nos está trayendo desde Hollywood muchas películas esotéricas, satánicas y gnósticas, casi todas pueriles, llenas de tópicos casposos y defensoras de una religiosidad puramente sentimental y *pret a porter* que elimine definitivamente el lastre *oscuro* y *perverso* de las instituciones, principalmente de la Iglesia romana. En general son películas raquílicas cuyo principal delito es su poca seriedad y ningún rigor. Al menos cuando Buñuel, Dreyer y Bergman (no casualmente europeos) arremetían contra los pecados de las iglesias (protestantes o católica) lo hacían con la inteligencia de hombres cultos que buscaban más la reflexión que el espectáculo circense.

Y en tercer lugar, con respecto a la interpretación de la historia de España, algunas productoras concretas han conseguido en el cine aquello que Alfonso Guerra pronosticó para la política: “que a España no la conociera ni la madre que la trajo”. La demonización sistemática de todo lo que huele a catolicismo identificándolo con todos los males endémicos de nuestra historia, han hecho que el cine de nuestra postransición haya hecho tabula rasa de toda la historia y tradición españolas falseándolas y manipulándolas impudicamente. Detrás de este estilo de comedia está el siguiente razonamiento: Durante decenios la Iglesia –a la que se identifica con Franco, con la Cruzada, etc...- nos ha reprimido con el discurso del pecado, del sexo perverso, del infierno, de Dios que te ve... Ahora que ya no tenemos esa figura paterna y castrante, por fin “podemos” hacer lo que nos dé la gana en nuestra vida personal. Que la existencia sea algo dramático se considera un artificio mental heredado de la religión. No hay relaciones de pareja estables ni nadie las desea, el sexo es un bien de consumo, la fidelidad es un residuo machista. Y por supuesto, hay que defender la homosexualidad para abrir el círculo de nuestras amistades y enriquecernos como personas “maduras” y “libres”.

Además, en otro orden de cosas, en España se ha identificado la comedia con la frivolidad, cosa que no tiene nada que ver con la gran tradición cinematográfica mundial. Sin ir más lejos ahí tenemos esa versión en cine de *La cena de los idiotas*, o *La fortuna de vivir*, los films de Capra, Howard Hawks, Woody Allen... Pensemos también en Chaplin, Roberto Benigni, Buster Keaton,... La comedia y los buenos cómicos nunca han frivolidado lo infrivolidable: nos han hecho reír –y esa es la genialidad- a la vez que

nos mostraban toda la dramaticidad de la vida. Sin embargo, en la comedia española de moda no hay nada de esto. ¿Qué hay de esa “seriedad” cómica en *La niña de tus ojos*, en *Torrente 1 y 2*, incluso en *La Comunidad*? Incluso ciertas infrapélículas hollywoodiense como *Miss Agente Especial* y *¿En qué piensan las mujeres?* tratan de abordar dramas humanos, aunque sea de forma infantiloides y boba.

En realidad, una persona leal con su experiencia ve estas películas españolas y sabe en el fondo, aunque se desternille, que las cosas no funcionan así. Y si esa persona ya ha recibido de la vida unos cuantos golpes, dejará de carcajearse en la butaca y notará con un sordo enfado que le están tomando el pelo. Por ello esas películas las consumen principalmente adolescentes que aún piensan que la vida puede llegar a ser como *Al salir de clase*. Además los adolescentes de hoy son probablemente los más manipulados de la historia. La risa sólo satisface cuando no tiene que censurar nada, ni mirar para otro lado. Por eso Chaplin es genial, y *Milagro en Milán* de De Sica es antológica e inmortal. Esa es la gran comedia. Todo lo demás son chistes. Chistes verdes, marrones, negros,... pero meros chistes, a menudo soeces. En realidad, muchos jóvenes acaban creyéndose que la experiencia les engaña y que la vida es así de estúpida, tal y como se la cuentan en *El gran Hermano*.

Pero sin embargo, el cine actual ofrece también numerosos ejemplos de sincera aproximación a la realidad, o de descripción no ideológica de lo que sucede, o al menos de algún elemento aislado de verdadera humanidad. A menudo se trata de películas marginadas a circuitos de versión original, o a una exigua carrera comercial de tres o cuatro días, o al estreno en una sola sala, como le ocurrió el pasado año a Rafael Gordon con su interesante película sobre Isabel la Católica. De vez en cuando ocurre la estupenda casualidad de que calidad cultural y éxito de taquilla coinciden. Pero puede suceder dos o tres veces al año, un porcentaje ridículo frente a las 500 cintas que se estrenan.

Sin embargo esta situación se puede forzar relativamente si los católicos nos volcamos en las películas que contribuyen más a transmitir una idea verdadera del hombre, de la historia y de la vida. Por puro interés crematístico, esas películas recibirán más prórrogas y márgenes de distribuidores y exhibidores. Para ello es necesario que los católicos se inspiren para elegir la cartelera en los medios de comunicación que dan un criterio cinematográfico alternativo, con una perspectiva antropológica integral, y no meramente reducida a una cierta cinefilia filantrópica incapaz de arriesgar juicios culturales y morales de cierta solidez.

Desde el punto de vista educativo-docente, el arte cinematográfico es una herramienta de cultura integral que está siendo infravalorada en los distintos niveles de docencia. Sería valiosísimo que en los currícula universitarios –sobre todo en áreas de Humanidades en un sentido general- existiera una oferta de programas de formación cinematográfica, Historia crítica del cine o Antropología cinematográfica que desde una perspectiva cultural contribuyan a la formación de criterios y juicios culturales inteligentes en nuestros alumnos. En ámbitos católicos esta urgencia es mayor, si cabe, en el sentido de que es una ocasión excepcional de ejercer intelectualmente el juicio de la fe en un diagnóstico cultural. En ámbitos de Enseñanza obligatoria, la educación en el lenguaje audiovisual es más necesaria que nunca, dada la cantidad de productos audiovisuales que los jóvenes y adolescentes consumen sin el menor sentido crítico. Hoy en día debe existir, junto a la irrenunciable asignatura tradicional de Lengua o

gramática, una similar dedicada al lenguaje audiovisual, ya que por desgracia, los alumnos cada vez leen menos y ven más películas. En las escuelas de padres, APAS y claustros docentes también es interesante realizar seminarios formativos de análisis cinematográfico, que luego inciden positivamente en el aula y en las familias a la hora de entretenerse a una película determinada.

El horizonte nihilista y sin ideal de nuestro mundo nos deja una lluvia de películas mezquinas y minimalistas. Podemos preguntarnos: en este momento, ¿cuántos directores de cine en activo hay en España que se declaren abiertamente cristianos o que afirmen querer poner su arte al servicio de la Verdad? Ustedes conocen la respuesta tan bien como yo. ¿Y a nivel mundial? Alguno hay, pero no suelen llegarnos sus películas. Nos tenemos que situar, pues, como San Pablo en el Areópago. Allí nadie sabía nada de Cristo y por ello el apóstol de Tarso tenía que partir de la experiencia de aquellos paganos y señalándoles el monumento al dios desconocido, decirles: Ese es el Dios que yo vengo a anunciaros. Nosotros también podemos buscar en el cine actual esa huella del Dios desconocido para construir desde ahí. La película *Solas* está hecha por un no creyente educado en una de las Escuelas de Cine más marxistas del mundo. *La buena estrella* la firmó un ateo anarquista. *Una historia verdadera* la dirigió un hombre cuyo pedigrí está en las antípodas de una concepción cristiana de la vida. Etcétera, etcétera. Los criterios cinematográficos de un católico de hoy no pueden ser los mismos que en los años cincuenta. Porque el método de conocimiento lo impone el objeto. Siempre. Si me acerco al cine con un criterio doctrinalista, no lograré salvar ninguna película.

Por el contrario, lo que debemos hoy exigirle a un film es que esté hecho desde la sinceridad y honestidad de la experiencia humana; es decir, que no nazca de la mentira dominante: la mentira del prejuicio, del tópico, de la sumisión al poder, de la ideología,... la mentira sobre el hombre. Sabemos que estas películas nos van a parecer insuficientes, parciales, que van a contaminar lo verdadero con lo que no lo es tanto,... pero al menos nos ofrecen un punto de apoyo sobre el que empezar a construir.

En definitiva, el cine es un termómetro de nuestra sociedad que puede reflejar la verdad del hombre u ocultarla. Los católicos, en tanto que conscientes de esa verdad sabida y experimentada, somos los que más podemos contribuir a ennoblecer el séptimo arte, a los que lo hacen y a los que lo disfrutan, somos los que mejor podemos –en nuestra humilde medida- custodiar y avivar la gran tradición del cine inmortal, el de Rossellini, el de Chaplin, el de John Ford, Dreyer, Ermanno Olmi, Zanussi, Capra, Tarkovski, Bresson, ,... y tantos otros que han construido las catedrales del siglo XX, llenas de vidrieras de colores y sombras a través de las cuales nos llega, como un respiro de aire fresco, la luz reconfortante del Misterio.